

# **El Poder Sanador del Evangelio**

**No. 720**

**SERMÓN**

**PREDICADO EL DOMINGO 11 DE NOVIEMBRE DE 1866**

**POR C. H. SPURGEON**

**EN EL METROPOLITAN TABERNACLE, NEWINGTON**

*«Aconteció un día, que él enseñaba, y estaban sentados junto a él fariseos y doctores de la ley, los cuales habían venido de todas las aldeas de Galilea, y de Judea, y de Jerusalén; y el poder del Señor estaba allí para sanarlos» (Lucas 5:17)*

LUCAS, el escritor de este Evangelio, era médico, y por lo tanto tenía un ojo avizor para los casos de enfermedad y las instancias de curación. Se puede rastrear a lo largo de todo su Evangelio la mano de alguien experto en cirugía y medicina. De lo cual deduzco que cualquiera que sea nuestro llamado, o en cualquier arte o ciencia en la que hayamos alcanzado destreza, debemos cuidarnos de usar nuestro conocimiento para Cristo, y que si somos llamados siendo médicos, podremos entender la obra del Señor Jesús tanto mejor por lo que vemos en nuestro propio trabajo, y también podremos hacer mucho por nuestro Señor en una utilidad real y sustancial entre nuestros pacientes.

Que ningún hombre desprecie su vocación. Cualquier instrumento de utilidad que Dios haya puesto en tu mano, considera que el Gran Capitán sabía qué arma era mejor que empuñaras. No codicies la espada o la lanza de tu prójimo, sino usa la que tu Señor te ha dado, y sal a la batalla de la vida para servir según tu capacidad.

Si has sido colocado en este rincón de la viña o en aquel, considera que estás en el mejor lugar para ti y el mejor lugar para tu Maestro. Y no estés siempre juzgando lo que tus consiervos deberían hacer en su lugar, ni lo que tú podrías hacer si estuvieras en otro lugar, sino mira lo que puedes hacer donde estás, y usa las cosas que tienes para glorificar a tu Señor y Maestro.

Es agradable observar en el lenguaje de un hombre veraz cómo el hombre mismo se manifiesta. David canta frecuentemente como alguien que había sido un muchacho pastor, y aunque era rey, no se avergüenza de reconocer que una vez empuñó el cayado. Hay una diferencia manifiesta entre las profecías de Amós el vaquero y las de Isaías el vidente real. Los hombres veraces no se imitan unos a otros, sino que cada uno, movido por Dios, habla según su inclinación nativa, y según las circunstancias en que la providencia lo ha situado.

Fue destructivo para el arte egipcio cuando los grandes hombres de la tierra formularon artículos de gusto, y leyes de estatuaría y pintura por las cuales todo escultor debía regirse, pues entonces toda frescura y originalidad fueron desterradas. Las proporciones de cada estatua colosal y de cada figura en el muro estaban rígidamente fijadas, y entonces la gloria y excelencia del arte desaparecieron de la tierra. Hacer lo mismo en religión es aún más insensato. Decir: «Hablaréis todos de la misma manera, y todos os conformaréis a esta forma de hablar y de vivir», es la máxima locura.

Que cada hombre hable a su manera, cada uno en su propio orden, cada alma vivificada sacando a relucir su propia individualidad y buscando en esa individualidad engrandecer a Dios y mostrar las riquezas de su gracia.

Estas observaciones fueron sugeridas por el abundante registro de curaciones en este capítulo y en otras partes del Evangelio de Lucas. Lucas no escribe como Juan, ni copia el estilo de Mateo. No escribe como pescador o publicano, sino como médico.

Lucas no dejó de ser Lucas cuando fue llamado por gracia, sino que fue el mismo hombre elevado y refinado, y enseñado a consagrar a los fines más nobles los dones que había adquirido en su vocación terrenal. Era médico antes, y llegó a ser "el médico amado" después de su conversión.

**I. El texto, tal como lo leemos, sugiere en primer lugar que EL PODER DE CRISTO EN EL EVANGELIO ES PRINCIPALMENTE UN PODER PARA SANAR.**

«El poder del Señor estaba allí para sanarlos». El poder del Evangelio, del cual Cristo es la suma y la sustancia, es un poder sanador. Hermanos míos, cuando Cristo vino a la tierra, podría haber venido con poder destructor. Con suficiente justicia podría Dios haber enviado a su único Hijo con los ejércitos de la venganza para destruir este mundo rebelde. Pero—

*«Tus manos, querido Jesús, no estaban armadas*

*Con una vara vengadora;*

*No había comisión dura que cumplir,*

*La venganza de un Dios.*

*«Sino que todo era misericordia, todo era manso,*

*Y la ira abandonó el trono,*

*Cuando Cristo vino en la bondadosa misión,*

*Y trajo la salvación».*

«No he venido», dijo Él, «a destruir las vidas de los hombres, sino a salvarlas». Elías hace descender fuego del cielo sobre los capitanes de cincuenta y sus cincuenta, de modo que son completamente consumidos. Pero Cristo trae fuego del cielo para un propósito muy diferente: que por su poder los hombres puedan ser salvos de la ira venidera.

El Evangelio no está destinado a ser un poder destructor. «Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él». Y si ese Evangelio llega a ser olor de muerte para algunos, no es por sus cualidades o diseño intrínsecos, sino por la perversidad y maldad del corazón humano. Si los hombres perecen por el Evangelio de vida, es porque hacen de aquello que debía ser un cimiento una piedra de tropiezo.

El Evangelio ni siquiera viene al mundo meramente para revelar la enfermedad. Es cierto que descubre, detecta y describe las dolencias del hombre caído. Una de las exposiciones más claras del estado caído del hombre es el Evangelio de la gracia de Dios, pero es más bien el designio de la ley que del Evangelio descubrir al hombre su ruina.

Es por el resplandor de los relámpagos del Sinaí que los hombres leen temblorosos la sentencia de condenación sobre aquellos que han quebrantado la ley de Dios; por la luz más suave del Calvario pueden leer la misma verdad, y deben leerla. Pero este no es el propósito principal del Calvario. El Calvario es el lugar para el bálsamo sanador más que para el lanceta y el cuchillo. La obra de Jesús, nuestro Médico celestial, no es tanto señalar la enfermedad como indicar y aplicar el remedio.

Ciertos filósofos han hecho de ello su negocio y deleite, con una sonrisa sardónica y cruel en sus rostros, extender el dedo y señalar la maldad y debilidad humanas como tema de ridículo y sarcasmo. La filosofía de los estoicos, la sabiduría de hombres como Diógenes, no era más que una exposición despiadada y sin compasión de la necedad y el pecado humanos. No conocía remedio, y no se preocupaba por buscarlo. Mostraban a la pobre humanidad embrutecida, engañada, degradada y depravada, y allí la dejaban, pasando de largo como el sacerdote y el levita hicieron con el hombre herido en la parábola.

Pero Jesús no vino en una misión tan infructuosa. Él convence al mundo de pecado por su Espíritu, pero no para dejar al mundo desesperanzado de su restauración, sino para recuperarlo por su poder. Jesús trae consigo poder para sanar. Este es su honor y renombre. Tiene el ojo de águila para ver nuestras enfermedades, el corazón de león para enfrentarlas valientemente, y la mano de dama para aplicar suavemente el unguento celestial. En Él se reúnen en perfección las tres cualidades necesarias de un buen cirujano.

Amados, confío en que ustedes y yo hemos conocido este poder sanador en nuestros propios casos, y si es así, sabemos con certeza que es un poder divino que viene de nuestro Señor Jesús porque Él es ciertamente Dios. Es prerrogativa exclusiva de Dios sanar la enfermedad espiritual. La enfermedad natural puede ser sanada instrumentalmente por los hombres, pero incluso entonces el honor debe darse a Dios, quien da virtud a la medicina y otorga poder al cuerpo humano para desechar la enfermedad.

Pero en cuanto a las enfermedades espirituales, estas pertenecen solo al gran Médico. Él reclama como su prerrogativa: «Yo mato y yo hago vivir, yo hiero y yo sano», y uno de los títulos escogidos del Señor es JEHOVÁ Rophi, el Señor que te sana. «Te sanaré de tus heridas» es una promesa que no podría venir del labio del hombre, sino solo de la boca del Dios eterno.

Por esto el salmista clamó al Señor: «Oh Señor, sáname, porque mis huesos están muy turbados», y nuevamente: «Sana mi alma, porque contra ti he pecado». Por esto también los piadosos alaban el nombre del Señor, diciendo: «Él sana todas nuestras dolencias». El que hizo al hombre puede sanar al hombre. El que fue al principio el creador de nuestra naturaleza puede recrearla. ¡Qué consuelo trascendente es que en la persona de Jesucristo de Nazaret tengamos a la Deidad Encarnada! «En él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente».

Alma mía, cualquiera que sea tu enfermedad, este gran Médico puede sanarte. Si Él es Dios, no puede haber límite para su poder infinito. Si Él es verdaderamente divino, no puede haber frontera para la majestad de su poder. Ven, pues, con el ojo ciego de tu entendimiento, ven con el pie cojo de tu energía, ven con la mano lisiada de tu fe, ven tal como eres, porque Aquel que es Dios ciertamente puede sanarte.

Nadie dirá al torrente sanador de su amor: «Hasta aquí puedes llegar y no más». La máxima extensión de la enfermedad humana puede ser alcanzada por este gran Médico. ¿Tienes confianza, oh pobre corazón dudoso? ¿Tienes confianza inquebrantable en el Divino Sanador?

Aunque nuestro Señor Jesús sanaba como divino, recuerda que también poseía poder para sanar por ser humano. ¿No está escrito: «El castigo de nuestra paz fue sobre él, y por sus llagas fuimos nosotros curados»? No usó otro remedio para sanar nuestra enfermedad de pecado sino tomar nuestras enfermedades y dolencias sobre sí mismo. Esta es la única gran cura para todo.

Bendito sea el Hijo de Dios porque la medicina, amarga como es, no es para que nosotros la bebamos, sino que fue completamente agotada por Él mismo. Tomó la copa terrible en Getsemaní y la bebió hasta el fondo por nuestra cuenta. Los cortes agudos pero sanadores del lanceta no se hacen en nuestros cuerpos, sino que Él los soportó en su propia carne. Cuando los labradores hicieron surcos

profundos, esos surcos no estaban sobre los hombros del pecador, sino sobre los hombros del Sustituto del pecador.

¿Oíste alguna vez, oh tierra, de un Médico como este? que sana sufriendo Él mismo, cuyos dolores, y tristezas, y pesares, y angustias, y tormentos, y agonía, y muerte son la única medicina con la que remueve los males de los hombres. ¡Bendito Hijo de Dios, si confío en Ti, viendo que eres divino, cómo te amaré! ¡cómo me aferraré a Ti, viendo que eres humano!

¡Con qué gratitud miraré hacia tu cruz y te contemplaré, mientras esas benditas fuentes de salud fluyen en torrentes carmesí, y mientras tu corazón, la fuente de toda cordura espiritual, derrama un torrente celestial, eficaz para lavar al pecador de todas sus enfermedades!

Venid acá, todos los enfermos de pecado, y contemplad al glorioso Hijo de Dios, hecho en semejanza de carne humana, exhalando su vida en la cruz. Venid acá, los que os lamentáis por el pecado, los que estáis paráliticos y enfermos de iniquidad. Aquí hay poder, poder aún presente en el Salvador moribundo para sanaros, cualesquiera que sean vuestras enfermedades. Él sanó a todos los que tenían necesidad de sanidad mientras moraba aquí, y el costoso bálsamo de su expiación no ha perdido nada de su poder.

El poder que moraba en Cristo para sanar, viniendo de Él como divino y humano, era aplicable, eminentemente, a la remoción de la culpa del pecado. Al leer este capítulo, uno se detiene con gozo en aquel versículo veinticuatro: «El Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados». He aquí, pues, una de las artes más poderosas del gran Médico: tiene poder para perdonar el pecado. Mientras vivió aquí abajo, antes de que el rescate hubiera sido pagado, antes de que la sangre hubiera sido literalmente rociada sobre el propiciatorio, tenía poder para perdonar pecados. ¿No tiene poder para hacerlo ahora que ha muerto?

Hermanos, ¡qué poder debe morar en Aquel que hasta el último céntimo ha cumplido fielmente las deudas de su pueblo! Él tiene, en verdad, poder, ya que ha acabado con la transgresión y ha puesto fin al pecado. Si lo dudas, imíralo resucitando de entre los muertos! ¡contéplalo en esplendor ascendente, elevado a la diestra de Dios! ¡oyelo intercediendo ante el Padre eterno, señalando sus heridas, urgiendo el mérito de su sagrada pasión! ¡Qué poder para perdonar hay aquí! «Subió a lo alto, y recibió dones para los hombres». «Ha sido exaltado por diestra de Dios para dar arrepentimiento y remisión de pecados».

En este momento, pecador, Cristo tiene poder para perdonar, poder para perdonarte a ti, y a millones como tú. No tiene nada más que hacer para ganar tu perdón, toda la obra expiatoria está hecha. Puede, en respuesta a tus lágrimas, perdonar tus pecados hoy, y hacer que lo sepas. Puede

insuflar en tu alma en este mismo momento una paz con Dios que sobrepasa todo entendimiento, que brotará de la perfecta remisión de tus múltiples iniquidades.

¿Crees eso? Confío en que lo crees. Que experimentes ahora que el poder sanador del Evangelio es poder para perdonar el pecado. No pierdas tiempo en acudir al Médico de las almas, sino apresúrate a Él con palabras como estas:

*«¡Jesús! ¡Maestro! oye mi clamor;  
Sálvame, sáname con una palabra;  
Desfalleciendo a tus pies yazgo,  
Tú mi susurrada queja has oído».*

Esta no es la única forma del poder sanador que mora sin medida en nuestro glorioso Señor. Él sana la tristeza del pecado. Está escrito: «Él sana a los quebrantados de corazón y venda sus heridas». Cuando el pecado se manifiesta realmente a la conciencia, es algo muy doloroso, y que la conciencia sea eficazmente apaciguada es una bendición inefable.

Más agudo que un puñal en el corazón, o una flecha que atraviesa los lomos, es la convicción de pecado. El que alguna vez ha sufrido bajo los agujijones de una conciencia despierta sabe bien que no hay dolor corporal que pueda compararse a ello. Cuando se está oprimido bajo la mano de Dios, un hombre puede formarse alguna idea de lo que deben ser las miserias del infierno. Igualmente gozoso es el alivio que Emanuel nos trae cuando trae mejor bálsamo que el de Galaad, y ministra el específico infalible del cielo a un alma enferma.

Cuando Jesús es recibido por fe, levanta toda nuestra tristeza de nosotros en un momento. Una promesa aplicada por su Espíritu, una gota de su sangre traída a la conciencia, y al instante hay tal paz, tan profunda y profunda, que nada puede rivalizar con ella. Lo que el poeta escribió sobre la recuperación de la enfermedad corporal es doblemente cierto de la restauración espiritual.

*«Mira al hombre que mucho tiempo ha estado agitado  
En el espinoso lecho del dolor,  
Al fin recobra su vigor perdido,  
Y respira y camina de nuevo:  
La flor más humilde del valle,  
La nota más simple que hincha el viento,*

*El sol común, el aire, los cielos,  
Para él son un Paraíso que se abre».*

Dios conceda que para vosotros que teméis su nombre, el Sol de justicia se levante con sanidad en sus alas.

Jesús también sana el poder del pecado. El pecado puede ser en tu caso, querido amigo, tan poderoso, que como un torbellino te arrastra a su placer. Te sientes como las hojas secas que son impulsadas por la tempestad. Apenas tienes poder para resistir tus pasiones. Quizás te has rendido por tanto tiempo a ciertas formas de mal que ahora eres positivamente impotente en la lucha contra ellas.

No desesperes, sin embargo. Cristo ciertamente puede librarte. El endemoniado tenía tal energía de maldad dentro de él que rompió las cadenas y ataduras con las que había sido atado, se cortaba con piedras, y aullaba toda la noche entre los sepulcros. Pero cuando Jesús se acercó a él, pronto se le vio vestido y en su juicio cabal, sentado mansamente a los pies del gran Médico. Y así lo serás tú, pobre cautivo del mal.

No pienses que necesitas ser un borracho, o que tu temperamento airado necesita ser siempre tu amo. No concibas que debes ser siempre un esclavo de la lujuria, o llevado cautivo a la voluntad del diablo. Hay esperanza para ti, donde Cristo está, y aunque tu enfermedad sea tan antigua como tu propia vida, sin embargo, una palabra de los poderosos labios del Hijo de Dios puede hacer que incluso tú seas sano. El poder del Evangelio es un poder para sanar la culpa, la tristeza y la influencia del pecado. Jesucristo vino al mundo para destruir las obras del diablo en todas sus formas.

No debe olvidarse que el Señor Jesús es capaz de sanarnos de nuestras recaídas. He oído decir a los hombres que una recaída es lo que el médico teme con frecuencia más que la enfermedad primaria, y que con frecuencia hay un período en el proceso de sanación en el que el virus de la enfermedad reúne energía renovada, y el médico siente que ahora, y no al principio, la verdadera batalla debe librarse.

Nos hemos encontrado con hombres que han profesado conversión, y confiamos en que fueron cambiados, que han vuelto atrás como el perro a su vómito, y la puerca lavada a su revolcadero en el cieno. Hemos tenido que lamentarnos por aquellos en quienes el cambio parecía grande, pero era superficial, y pronto el poder del mal volvió sobre ellos.

Pero, oyente reincidente, Jesús es capaz de sanar tus reincidencias. ¡Qué misericordia es esa! «Sanaré sus reincidencias, los amaré de pura gracia, porque mi ira se apartó de ellos». ¿Qué si eres

siete veces más hijo del infierno de lo que eras antes? Sin embargo, incluso ahora la misericordia eterna que expulsó una legión de demonios de uno en otro tiempo puede expulsarlos de ti.

El poder sanador de mi Maestro es tal, que si has reincidento hasta donde sea, aún te dice: «Vuelve. Vuelve. Vuelve». Habrá más gozo por ti, pobre oveja perdida, que por las noventa y nueve que no se descarriaron. Él se alegrará más de recibirte a ti, hijo pródigo vagabundo, que el gozo que tiene incluso por ese hijo justo que permaneció siempre en la casa del padre.

Para resumir mucho en poco, mi Maestro, como médico, obra curaciones muy repentinamente. Él toca, y la obra está hecha al instante. Él obra curaciones de todo tipo. Aquellas que han sido piedras de tropiezo para otros médicos han sido fácilmente superadas por Él. Nunca falla. No tiene en su diario un solo caso que haya superado su poderío.

Él sana eficazmente; la enfermedad nunca reina de nuevo cuando Él la ha destronado una vez. Cuando Él echa fuera al demonio del hombre, el demonio no volverá. Él sana con su palabra incluso a aquellos que piensan que no pueden ser sanados. No hay hospital para incurables ahora en cuanto a las almas, porque incurables no los hay. El Amigo de los pecadores es «poderoso para salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios». Casos de enfermedad tan pútrida que los hombres dicen «Sáquenlos de la vista», vicio tan detestable que la mera mención de él hace sonrojar la mejilla de la modestia. Tales como estos, la mano maestra de Emanuel puede sanar.

Para Dios nada es imposible, y para el Hijo de Dios nada es difícil. Él puede salvar al jefe de los pecadores, y al más vil de los viles. En el más alto grado concebible, el poder del Evangelio es poder para sanar. Ven, pobre pecador, y contempla a Aquel que es capaz de sanarte de tus heridas mortales, ven, míralo ahora y vive.

*«Levanta a la cruz tus ojos llorosos,  
Contempla, el Príncipe de Gloria muere;  
Muere extendido en el madero,  
Y derrama un bálsamo soberano para ti».*

**II.** Una segunda observación surge del texto: HAY PERÍODOS ESPECIALES EN LOS QUE EL PODER PARA SANAR SE MUESTRA DE MANERA MÁS MANIFIESTA.

El versículo que tenemos ante nosotros dice que en un cierto día el poder del Señor estaba presente para sanar, por lo cual entiendo, no que Cristo no sea siempre Dios, no que alguna vez fuera incapaz de sanar, sino esto: que había ciertos períodos en los que Él se complacía en desplegar su energía divina en la manera de sanar de un modo inusual. El mar nunca está vacío; de hecho, siempre

está tan lleno en un momento como en otro, pero no siempre está en pleamar. El sol nunca se apaga; brilla con igual fuerza a todas horas, y sin embargo no siempre es de día para nosotros, ni disfrutamos siempre del calor del verano. Cristo es la plenitud misma, pero esa plenitud no siempre se desborda. Él es capaz de sanar, pero no siempre está ocupado sanando. Hay momentos en los que el poder para salvar se manifiesta más de lo habitual: tiempos de refrigerio, estaciones de avivamiento, días de visitación, días aceptables, días de salvación.

Cualquier estudiante de la historia del mundo que la haya leído a la luz de la verdadera religión habrá observado que ha habido períodos favorecidos en los que el poder de Dios ha estado peculiarmente presente para sanar a los hombres. Mi solemne convicción es que estamos viviendo en una de esas eras, que este momento presente es uno de los tiempos señalados en los que el poder de Dios se manifiesta de manera peculiar. Deduzco esto de muchas señales, pero incluso el texto me ayuda en mi creencia.

Observen que en la ocasión mencionada en el texto había un gran deseo entre la multitud de oír la Palabra. Al comienzo del capítulo leemos que *apretaban* al Señor junto al mar. Más adelante los encontramos viniendo de todas partes del país en multitudes. Se hace mención especial de los *doctores* de la ley y los fariseos, las últimas personas en dejarse impresionar, quienes, sin embargo, vencidos por el entusiasmo general, se encontraban mezclados entre la muchedumbre. Se nos dice que la gente llenaba la casa de tal manera que el paralítico no podía ser llevado a la congregación sino mediante el recurso de abrir un boquete en el techo.

Cuando el poder de Dios se mueve, habrá un movimiento correspondiente entre el pueblo. Anhelarán oír cuando el poder de Dios esté con el predicador. Tomenlo como una señal de gracia cuando las casas dedicadas al culto estén llenas. Consideren que el Señor está a punto de llenar la red cuando los peces se agolpan alrededor del bote.

No podemos esperar que el Evangelio sea bendecido para aquellos que no lo escuchan; podemos esperar legítima y propiamente que sea una bendición para aquellos que tienen una intensa ansiedad por escucharlo. En la hora presente veo un despertar religioso entre las masas de Londres, no tan grande como deseamos, pero sin embargo está ahí, y debemos estar agradecidos por ello. No tendremos que soportar por mucho tiempo las tonterías perniciosas del puseyismo; la opinión pública nos ayudará a suprimirlas. Ha tomado mucho tiempo despertar a nuestra nación, pero al final despertará.

Creo ver la marea del sentimiento popular girando en la dirección correcta. Los hombres están ahora ocupados con el pensamiento religioso, y ya sea que piensen bien o mal, se presta más atención

en este momento a la verdad religiosa que en muchos días. Y allí donde los ministros predicán simple y amorosamente el Evangelio de Cristo en este momento, no encuentran falta de oyentes. Esta es una señal segura de que el poder del Señor está presente para sanar.

Observen a continuación que el poder sanador estaba conspicuamente presente cuando Cristo enseñaba. Noten cuidadosamente la hora favorecida, «*cuando él estaba enseñando en cierto lugar*». Jesús vinculó la sanidad con la enseñanza. Así fue con la sanidad material, y mucho más con la sanidad espiritual, porque «la fe es por el oír, y el oír por la palabra de Dios» (Romanos 10:17).

Hermanos, ¿no hay entre nuestros propios hermanos, de quienes podemos hablar con mayor certeza, más enseñanza de Cristo ahora que antes? Estoy persuadido de que la mayoría de mis hermanos predicán más fiel y plenamente la verdad simple de Cristo Jesús de lo que solían hacerlo. La enseñanza está volviendo a los púlpitos. Ahora marquen, querido oyente, ya sea que esté salvo o no, si usted está presente donde Cristo es plenamente predicado, donde Él es exaltado, ensalzado, proclamado y recomendado a usted, usted está en un lugar donde Él también está presente para sanar. ¿No está escrito: «Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo»? (Juan 12:32).

Una señal adicional del poder presente se encuentra muy claramente en los enfermos que fueron sanados por Jesús. Ahora sabemos que en esta misma casa no pasa un domingo sin que almas sean convertidas. Tenemos ante nuestras reuniones de iglesia los casos de cientos a quienes Dios ha bendecido mediante el simple relato de la historia de la cruz. Esto es, entonces, una prueba positiva de que cuando Cristo está siendo enseñado y las almas están siendo bendecidas, Él está presente de manera notable para sanar.

Otra cosa debe notarse, a saber, que este tiempo particular mencionado en el texto fue precedido por una temporada especial de oración por parte del actor principal en ella. ¿Lo notaron? Él se retiró y oró, y entonces el poder del Señor estaba presente para sanarlos. ¿Es así que incluso con respecto al mismo Cristo, el Señor y Dador de vida, en quien habita la plenitud de la deidad, y que tiene el Espíritu sin medida, sin embargo, antes de que ese Espíritu se manifieste públicamente en alto grado, debe haber un retiro especial para la oración ferviente? ¡Cuán claramente nos dice esto que la iglesia debe orar si quiere tener el poder sanador!

Pero, hermanos míos, hemos orado. Ha habido tal oración elevada por esta congregación como creo que nunca fue superada, incluso en los tiempos apostólicos. Y el lunes pasado fue un día de lucha de tal clase que la bendición no pudo ser retenida. Casi he dejado de pedir más; espero con gozosa anticipación la Visitación celestial! No salgo hoy tanto como sembrador, sino como segador. Creo que

los peces están atrapados en la red, y que solo tenemos que tirar de ella a tierra. Dios conceda que la red no se rompa por la multitud de peces! Dios está con nosotros, y eso de verdad, en esta casa este día. Maravillas de gracia se están obrando, mientras aún hablamos, los hombres están siendo inclinados a mirar a Cristo. Mientras lo levantamos, ojos llorosos lo miran. Y en muchos corazones puede oírse el clamor: «*Me levantaré e iré a mi padre*» (Lucas 15:18).

Ahora, con todas estas señales reunidas: un deseo de oír, un tiempo señalado de oración privada, la enseñanza de la Palabra y la bendición manifiesta de las almas bajo esa Palabra, deduzco que hemos llegado en este momento presente a ese estado que se describe en el texto.

**III.** Pasando a un tercer pensamiento, observamos que CUANDO EL PODER DEL SEÑOR ESTÁ PRESENTE PARA SANAR, PUEDE NO SER VISTO EN TODOS, SINO QUE PUEDE MOSTRARSE EN CASOS ESPECIALES Y NO EN OTROS.

Es una reflexión melancólica que los hombres puedan estar en la región del poder divino y, sin embargo, no sentir sus operaciones. He leído este versículo muchas veces con un objetivo; he intentado, si pudiera, hacer que el texto signifique que los fariseos y los doctores de la ley estaban presentes, y que el poder del Señor estaba presente para sanarlos.

Pero el texto no nos enseña así; el poder del Señor no estaba presente para sanar a los doctores y fariseos, porque ellos no fueron sanados. La palabra «ellos» concuerda con el sustantivo más atrás, según el uso frecuente del Nuevo Testamento por el cual los pronombres no se hacen referir al sustantivo más cercano, sino a otro más remoto. El poder de Dios estaba presente para sanar a los enfermos, no para sanar a los doctores, ni a los fariseos, y sin embargo, ¡qué cerca parecen haber estado de obtenerlo! Porque si hubieran conocido su enfermedad y estado dispuestos a confesar su dolencia, había poder suficiente para haber sanado incluso a ellos. Pero como fue, no encontramos que ni uno solo de ellos fuera sanado: ni un solo doctor de la ley o fariseo sintió el poder que pasaba tan cerca de ellos que se asombraron, se tambalearon y cayeron en cavilaciones.

Queridos oyentes, esta observación muy melancólica debe aplicarse a algunos que están presentes ahora. Ustedes pueden estar en medio de esta congregación que está bajo notables visitaciones de la gracia de Dios, y sin embargo puede que no haya poder presente obrando en su corazón para sanarlos. Observarán que aquellos que perdieron esta gracia no fueron las ramerías, infames como eran por su carácter; ellas sintieron el poder del amor de Jesús y entraron en su reino. No encontramos que este poder faltara entre los publicanos. Tenemos un ejemplo aquí de uno de ellos que hizo un gran banquete en su casa para Cristo.

¿Dónde entonces faltaba el poder? ¿Dónde no fue buscado ni sentido? Fue, en primer lugar, entre el pueblo conocedor, los doctores de la ley. Estos maestros sabían demasiado para someterse a ser enseñados por el Gran Rabino. Existe tal cosa como saber demasiado para saber algo, y ser demasiado sabio para ser cualquier cosa excepto un necio. El conocimiento de los doctores era el que envanece, no el conocimiento que viene de Dios.

Ah, querido oyente, cuidado con el conocimiento de cabeza sin conocimiento de corazón. Cuidado con ser tan ortodoxo que te erijas en juez del predicador y te niegues a ser obediente a la verdad. Cuidado con decir: «Oh, sí, sí, sí, sí, eso es muy aplicable a Fulano, y muy bien expresado». No critiques, sino siente.

Sería mejor para ti que hubieras sido un simple muchacho de arado, silbando en el arado, que nunca hubiera oído estas cosas hasta hoy, y ahora las hubieras escuchado y las hubieras recibido en toda su novedad, poder y belleza por primera vez. Esto sería mejor para ti que haberlas oído hasta que te suenen en los oídos como la campana que has oído cada día de reposo, de cuya monotonía estás cansado.

Cuidado con ir al infierno con una piedra de molino de sana doctrina alrededor de vuestros cuellos, porque si habéis de ser condenados, tanto da perecer sabiendo la verdad como no sabiéndola. No; si aprendéis la fórmula y os aferráis al credo, y os imagináis ser maestros de otros, es incluso más fácil perecer en ese estado que si hubierais venido a oír la Palabra sin haber sido enseñados antes en su mensaje gozoso. Estos eran los conocedores que no tenían poder para ser sanados.

Además, aquellos que tenían un buen concepto de sí mismos quedaron sin bendición. ¡Los fariseos! No hay mejores personas en ninguna parte, desde Dan hasta Beerseba, que los fariseos, si se les tomara según su propio criterio. Observen con el debido respeto su carácter público. ¿No eran eminentísimos? ¡Ved la anchura de los bordes de sus vestiduras! ¡Qué visibles eran sus filacterias! ¡Con qué diligencia se lavaban las manos antes de comer! ¡Qué escrupulosos en colar los mosquitos de su vino! ¡Qué cuidadosos en diezmar la menta, el eneldo y el comino! Sin embargo, estas eran las personas que no obtuvieron bendición alguna de Jesús. Eran demasiado buenos para ser salvos.

¡Cuánta gente hay de esta clase! «Bueno», dice uno, «sé que nunca le robé a nadie. He criado a mi familia respetablemente y me he conducido con tal decoro que nadie podría encontrar falta en mí». Exactamente, y no tendréis a Cristo porque estáis sanos y no necesitáis médico. «Ah», dice otro, «seguramente si hacemos nuestro deber lo mejor que podamos, todo nos irá bien». Si pensáis así, encontraréis que cuando hayáis hecho vuestro deber lo mejor que podáis, no tendréis parte ni suerte en un Salvador, porque manifiestamente, según vuestra propia opinión, no necesitáis uno. El Señor

Jesús tomará vuestra propia opinión y dirá: «Nunca os conocí. ¿Cómo podría conoceros? Nunca estuvisteis enfermos, nunca me necesitasteis, declarasteis que estabais sanos, y no os dignasteis a aceptar la salvación que yo, el Salvador, vine a traer». Así hablará Jesús a vosotros que ahora despreciáis orgullosamente su gracia.

Una vez más, las personas que no obtuvieron la bendición no solo fueron los conocedores y los muy buenos, sino que fueron también las personas que se quedaron al margen. Como alguien observa, no vinieron para que se les predicara, vinieron para que Cristo predicara *delante de* ellos. Ese solía ser el viejo estilo de prefacios de sermones: «Un sermón predicado ante la honorable o venerable compañía de Tal y Tal». Ahora bien, esa es la peor clase de predicación en cualquier lugar: predicar *delante de* la gente. Predicar *directamente a* la gente es la única predicación que vale la pena oír y pronunciar.

Pero ellos no vinieron para que Cristo obrara en ellos; no eran pacientes, eran visitantes en los hospitales. Como visitantes, recorrían las camas y miraban las recetas puestas sobre los enfermos, y observaban cada caso, y cuando el médico entraba y comenzaba a ejercer su arte sobre los enfermos, se quedaban al margen y criticaban su tratamiento, imaginándose todo el tiempo que ellos mismos no estaban enfermos. Si hubieran estado acostados en la cama enfermos, habrían podido ser sanados, pero solo tenían un interés superficial en la sanidad, porque no vinieron a participar en ella.

Cuidado, mis queridos oyentes, de ir a los lugares de culto meramente como espectadores. No habrá espectadores en el cielo, y no habrá espectadores en el infierno. Tened cuidado de no hacer de espectadores en la adoración de Dios aquí. Toda verdad dicha por los siervos de Dios tiene una relación con vosotros. Si es amenazadora, y estáis en la hiel de amargura, es vuestra; itemblad bajo ella! Si es la promesa del amor divino, entonces, si no tenéis parte en ella, tened miedo, avergonzaos, alarmáos, y huid a Cristo para que podáis participar en ella. Aquellos que no obtienen bendición son aquellos que suponen que no la necesitan particularmente y se quedan al margen, habiendo venido meramente a ver y ser vistos, pero no a recibir una cura.

Aquellos que no sintieron el poder sanador se burlaron y cavilaron. Dijeron más adelante en el capítulo: «¿Quién puede perdonar pecados sino solo Dios?» (Lucas 5:21). Cuando un hombre no saca ningún provecho del ministerio, es bastante seguro que piensa que no hay ningún bien en el ministerio. Y cuando él mismo, por falta de inclinarse a beber, no encuentra agua en el río, concluye que está seco, cuando es su propia rodilla obstinada la que no se dobla, y su propia boca voluntariosa la que no se abre para recibir el Evangelio.

Pero si discuten, si plantean preguntas, si disputan, conocemos su raza, entendemos la estirpe a la que pertenecen, y sabemos cómo Jesús les dijo en la antigüedad: «¡Generación de víboras! ¿cómo escaparéis de la condenación del infierno?» (Mateo 23:33). Si algunos no escapan, ciertamente no lo harán aquellos cuyo único oír del Evangelio es para hacerlo blanco de su sarcasmo y objeto de su ridículo, que miran con desdén incluso la misma cruz con un Salvador moribundo sobre ella, y se meten la lengua en el carrillo, y hacen bromas y alegrías de las agonías del Redentor del mundo.

¡Cuidado, no sea que tengáis esas burlas en vuestra boca en la tierra, las cuales tendréis que digerir en el infierno! Cuidado, no sea que vuestra mofa se vuelva contra vosotros en el último gran día cuando se cumplan las palabras de Salomón: «Porque llamé, y no quisisteis oír; extendí mi mano, y no hubo quien atendiese; también yo me reiré en vuestra calamidad, y me burlaré cuando os sobrevenga el pavor» (Proverbios 1:24, 26). Hubo personas entonces para quienes el poder presente de Cristo para sanar no sirvió de nada, y puede haberlas ahora. Amigo, ¿eres tú uno de ellos?

**IV.** En el último lugar, quiero que la gente cristiana aquí observe que CUANDO EL PODER DE CRISTO ESTABA PRESENTE, LLAMÓ A LA ENERGÍA DE AQUELLOS QUE ERAN SUS AMIGOS PARA TRABAJAR MIENTRAS ESE PODER SE MANIFESTABA.

Mis queridos hermanos, especialmente los miembros de esta iglesia, lo que tengo que decir está dirigido seriamente a vosotros. Percibiréis que tan pronto como se descubrió que el poder sanador estaba presente, los corazones amorosos desearon traer a otros para que pudieran experimentarlo. Cuatro personas tomaron cada una una esquina de una cama y trajeron a un hombre paralítico que no podía venir por sí mismo, y lo bajaron con mucha incomodidad a través del techo (Lucas 5:18-19).

Dios está bendiciendo a la iglesia ahora. Hombres y mujeres cristianos, uníos para orar por vuestros amigos que no pueden o no quieren orar por sí mismos. Y si os encontráis con alguno en profunda angustia, paralizado por la desesperación, que no puede levantar el dedo de la fe, esforzaos por traerlos a oír el Evangelio, traedlos donde Cristo está obrando milagros. Si uno de vosotros no puede prevalecer para presentar el caso ante el Señor, que dos de vosotros os unáis. Si dos no fueran suficientes, que cuatro unan sus peticiones. Si cuatro no bastaran, decidlo a la iglesia y pedid que todos oren, pero esforzaos por traer a los pecadores moribundos donde Cristo está obrando milagros espirituales. Si leéis más adelante en el capítulo, aprenderéis cómo traer a algunas personas al Salvador que de otro modo nunca oirían de Él.

Leví hizo un gran banquete, porque pensó para sí: «Me gustaría que Jesús viniera y predicara a los publicanos. Son tan grandes pecadores, como yo soy. Si pudiera conseguir que le oyeran, quizás se convertirían. Pero», pensó, «si les invito, dirán que no pueden permitirse perder un día de trabajo, no

les importará escuchar un sermón, así que», (dijo) «los conseguiré de esta manera: los invitaré a mi casa a un banquete. Estarán seguros de venir entonces, y entonces le pediré a Jesús que venga a comer con ellos, y sé que no los dejará ir sin decir una buena palabra». Así que veis que usó artimañas como hacen los cazadores de aves cuando están ansiosos por atrapar a su presa.

Ahora bien, ¿no podéis ser tan vigilantes y considerados en vuestra generación como lo fue Leví? ¿No podéis conseguir que los marginados y los que descuidan el día de reposo vengan a vuestra casa o a la de cualquier otro, y usar medios para traerlos bajo el sonido de la Palabra de Dios? ¡Pues si tenéis unas cuantas flores en vuestra habitación trasera, si llueve en verano, no las sacáis siempre a la lluvia? Todas las macetas las ponéis en el jardín para que recojan el aguacero. Haced lo mismo con vuestros amigos, vuestros vecinos, vuestros hijos, vuestros parientes, mientras la lluvia de gracia está cayendo, intentad ponerlos bajo su influencia, y si no vienen por un medio, intentad otro, solo conseguid que estén donde el poder del Señor está presente, porque quizás Jesús los mire y ellos lo miren a Él y puedan ser sanados.

Y oh! dejadme decir en conclusión, si ellos no fueran salvos, la responsabilidad no recaerá entonces sobre vosotros, como tampoco recae la responsabilidad esta mañana sobre mí. Os hemos proclamado en esta casa muchas veces que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores. Os hemos dicho que el Padre celestial está dispuesto a recibir a los pecadores arrepentidos, que se deleita en la misericordia, que es libre para borrar el pecado. Os hemos dicho que la sangre de Cristo puede limpiar lo más negro, que todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres (Mateo 12:31). Os hemos instado a huir como palomas a las heridas de Jesús. El poder del Espíritu de Dios ha llevado a muchos de vosotros a venir a Él, y estáis salvos. Pero ¡ay! todavía queda una multitud que no está salva todavía.

Bueno, si perecéis, no es porque Cristo no haya sido enseñado en vuestras calles. Iréis al infierno, algunos de vosotros, con la luz brillando en vuestros párpados, pero con vuestros ojos voluntariamente cerrados contra ella. Pereceréis con la voz de la misericordia sonando en vuestros oídos. Y en el infierno seréis monumentos terribles a la justicia de Dios, que entonces os dirá: «Pecasteis contra la luz y el conocimiento, y contra el amor y la misericordia». Si ellos perecieron que despreciaron la ley de Moisés, «¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?» (Hebreos 2:3).

Que el Espíritu Santo ahora con poderosa energía aplique la preciosa sangre de Jesús a cada oyente, y a Dios sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

**«Bendito Salvador, a tus pies yazgo,**

**Aquí para recibir una cura o morir;  
Pero la gracia prohíbe ese doloroso temor,  
La gracia todopoderosa, que triunfa aquí.  
«Tú retirarás el dardo envenenado,  
Vendarás y sanarás el corazón herido;  
Con salud floreciente adornarás mi rostro,  
Y cambiarás la lóbrega noche en mañana.»**

### **PORCIÓN DE LA ESCRITURA LEÍDA ANTES DEL SERMÓN: LUCAS 5**

---

Tomado de «The Metropolitan Tabernacle Pulpit» de la Colección C. H. Spurgeon. Solo se han realizado los cambios necesarios, como la corrección de errores ortográficos, algunos usos de puntuación, la capitalización de los pronombres de deidad y la actualización mínima de algunas palabras arcaicas. El contenido está completo. Recursos adicionales basados en la Biblia están disponibles en [www.spurgeongems.org](http://www.spurgeongems.org).